

la desesperación, infortunados que, á pesar del exceso de privaciones, se habían esforzado en arrastrarse hasta allí, mujeres pálidas y acaso en ayunas, llevando niños enfermizos. Parecía que sólo habían ido para enseñar á la Asamblea las miserias extremas que debía remediar. El pequeño momento de dicha, de confianza y de consuelo que tenían al atravesar aquel lugar de esperanza, lo demostraban con algún grito alegre, salvaje ó con una triste sonrisa si no podían gritar. Aquella alegría hubiera sido espantable si no hubiera sido dolorosa.

No habiendo preparado nada para dar paso á aquella gran multitud se produjo en el exterior una obstrucción, una sofocación prodigiosa. Estaba cerrada la verja de las Tullerías y detrás de ella se hallaba un batallón de la guardia nacional con tres cañones. Detenida la turba, sin salida, golpeaba violentamente aquella verja; y detrás, siempre, siempre, la multitud seguía acumulándose. Mientras se dirigen al palacio para pedir que abran, es forzada la verja. La muchedumbre atraviesa la terraza de los Fuldenses. Pero en vez de salir por donde hoy está la calle de Rívoli, fuerza la entrada del jardín, y pasando pacíficamente por delante de la fila de los guardias nacionales formados á lo largo del castillo, va á buscar la salida del muelle para entrar en el Carrousel. Los postigos estaban custodiados; es rechazada la turba, se irrita y parece inminente una colisión. Dos oficiales municipales, Mouchet el diablo cojuelo y otro, intentan apaciguar á la gente, permitiendo el paso á la primera tanda que lo intentaba. Otros municipales que aun simpatizaban más con el movimiento, dejan pasar á los demás. Ya están en el Carrousel. En la puerta del patio real les arenga un municipal: «Es el domicilio del rey, no podéis entrar en él con armas. No tiene inconveniente en recibir vuestra petición, pero solamente presentada por veinte diputados.»—«Tiene razón,» decían los que podían oír. Pero los que estaban detrás no oían nada y empujaban con todas sus fuerzas.

Aquella multitud se veía amenazada por la espalda por los cañones de la guardia nacional. Pero el comandante de aquella artillería no era ya obedecido por sus artilleros. Al querer guiarlos dijo el subteniente: «No partiremos: el Carrousel ha sido forzado y es preciso que el castillo lo sea también... ¡A mí! ¡artilleros, dijo señalando con la mano hacia las ventanas del rey; frente al enemigo!» Desde aquel instante se apuntaron los cañones hacia el castillo.

Eran las cuatro. La muchedumbre permanecía allí, en el Carrousel, inmóvil, inofensiva, no sabiendo qué hacer. Pero hé aquí que Santerre y Saint-Huruge, concluido el desfile, llegan de la Asamblea: «¿Por qué no entráis?» gritan al pueblo. Entonces, todos á una vez se lanzan sobre la puerta y la golpean repetidamente; próxima á ceder vacila. Iban ya á disparar un cañonazo cuando dos municipales, deseando evitar una resistencia inútil, ordenaron ó por lo menos permitieron que se levantase la báscula que sujetaba las dos hojas. La multitud entró precipitadamente.

Santerre, Legendre y Saint Huruge marchaban á la cabeza. Detrás de ellos seguía un cañón. En el pabellón del Reloj, al pie mismo de la escalera, un grupo de guardias nacionales y de ciudadanos hicieron frente valerosamente, dirigiéndose á Santerre: «Sois un malvado, inducís á estas buenas gentes; toda la culpa es vuestra...» Santerre miró á Legendre, quien le animó con otra mirada. Entonces, volviéndose hacia su gente, dijo con ironía: «Tomad acta de que me niego á marchar á vuestro frente hacia las habitaciones del rey.» Sin detenerse más, la turba lo atropelló todo, y tal fué su empuje que, á pesar de lo que pesaba, en un momento fué subido hasta lo alto de la escalera el cañón que llevaban.

El castillo no presentaba ninguna defensa. Los suizos estaban en Courbevoie. Laguardia constitucional, á la que se seguía pagando y subsistía á pesar del decreto de licenciamiento, no había sido convocada. Doscientos caballeros, todo lo más, se habían presentado en el castillo, no atreviéndose ni aun á mostrar las armas, ocultándolas bajo sus vestidos. Evidentemente el rey había creído lo que Petion decía y creía él mismo lo que uno de los Girondinos, Lasource, había afirmado de nuevo una ó dos horas antes en la Asamblea, lo que el orador de la reunión había prometido expresamente: que no irían al castillo, ó que á lo más enviarían la petición con una diputación de veinte comisionados.

Por su parte los guardias nacionales no tenían ninguna gana de renovar la terrible escena del Campo de Marte en defensa de una monarquía á la que consideraban como todo el pueblo, pérfida y traidora. Los que ocupaban el castillo, por la parte del jardín, cedieron sin dificultad á los ruegos de la multitud, que al pasar les pedía que quitasen las bayonetas de los fusiles. Los que ocupaban los puestos del interior se escurrieron tranquilamente.

En el mismo momento, los gendarmes apostados en el Carrousel ponían sus sombreros en las puntas de los sables y gritaban: «¡Viva la Nación!»

Ved á la multitud dueña del campo. Había llegado, con su cañón, á lo alto de la gran escalera. Allí dos oficiales municipales con sus bandas preguntaron á los invasores qué es lo que pensaban hacer con aquella artillería. ¿Creían que con semejante violencia iban á conseguir alguna cosa del rey?—Aquella observación les sorprendió: «Es verdad, dijeron la mayor parte, es verdad, nos hemos equivocado, y lo sentimos verdaderamente.» Y volvieron el cañón queriendo bajarle otra vez. Desgraciadamente el eje se engancha en una puerta. No pueden ya avanzar ni retroceder. El municipal patizambo, el pequeño Mouchet, interviene, dá órdenes. Los zapadores cortan el marco de la puerta, desenganchan la pieza y consiguen bajarla.

Tal era la confusión que reinaba que los de abajo, que no habían visto subir el cañón, creían que había sido encontrado en las habitaciones, y gritaban que se había querido ametrallar al pueblo.



La columna penetra sin obstáculo hasta el O Eil de Boeuf que estaba cerrado. Era preciso abrirlo pronto, mejor que forzarlo. Un oficial superior de la guardia nacional penetró por otra entrada, advirtió á la familia real y rogó al rey que se dejase ver. El rey consintió en ello sin trabajo y se presentó. Su hermana madama Isabel no quiso separarse de su lado.

En el momento en que aquella multitud armada invadió toda la habitación, exclamó el rey: «¡A mí, cuatro granaderos!» Felizmente había allí algunos. Eran guardias nacionales, comerciantes del barrio de San Dinés, buenas gentes que se portaron muy bien. Se colocaron ante el rey, desenvainando sus sables, pero él les hizo que los envainaran.

Un testigo ocular, Mr. Perron, dice que en general el pueblo no demostraba mala voluntad. Se oyó, sin embargo, entre gritos confusos, frases amenazadoras: «¡Abajo el veto!» «¡Llamad de nuevo á los ministros!»

La multitud abre paso y deja que se acerque Legendre: cesa el ruido; el carnicero, con voz conmovida y colérica, dirigiéndose al rey: «¡Señor!...» A esta palabra que era ya una especie de destitución, el rey hizo un movimiento de sorpresa... «Sí, señor, continuó Legendre con firmeza: escuchadnos; tenéis obligación de oírnos... Sois un pérfido, nos habéis engañado siempre; nos engaños todavía... Pero tened cuidado; la medida está colmada; el pueblo está cansado de ser vuestro juguete.» —Luego leyó una petición violenta en nombre del pueblo soberano.— El rey parecía impasible y repuso: «Soy vuestro rey. Haré lo que me manden hacer las leyes y la Constitución.»

Esta última frase era para él el gran caballo de batalla. Había visto perfectamente que aquella Constitución del 91, que permite al rey detener toda la máquina política, era una patente de inercia, que le daba medios de atar á la Francia, de esperar los socorros imprevistos que vendrían de las circunstancias interiores ó exteriores, de los excesos de los anarquistas ó de la invasión extranjera.—Desde entonces, Luis XVI agarrado á la Constitución, aprendiéndola de memoria, llevándola siempre en el bolsillo, citándola á todas horas á sus ministros, había dominado sus escrúpulos y jugaba al juego peligroso de matar la Revolución por la Constitución.

La multitud comprendía muy bien que el rey no haría nada y se enfurecía. Varios coléricos ó embriagados, hacían ademán de arrojarse sobre él. La amenazaban desde lejos con sables ó con espadas. ¿Querían matarle? La cosa hubiera sido muy fácil: el rey tenía poca gente á su alrededor, y varios de los asaltantes, que tenían pistolas, podían herirle desde lejos. Es evidente que nadie, el 20 de Junio, pensaba en ello. No lo pensaron ni aun el 10 de Agosto.

Bien sé que, mucho tiempo después, el colérico Legendre, instigado por Boissy d'Anglas, el hombre de la reacción, que le preguntaba si verdaderamente habían querido matar al rey el 20 de Junio, replicó

con violencia: «Si, señor, lo hubiéramos querido.» Para mí, esto no prueba nada. Los sucesos posteriores demuestran que muchos de los que representaron el papel de furiosos, como Danton y como Legendre, se alabaron por jactancia de una infinidad de crímenes y de violencias en que jamás habían pensado.

Lo que se quería era asustar, convertir al rey valiéndose del terror. Un hombre llevaba en el extremo de una pica un corazón de ternera con esta inscripción: Corazón de aristócrata. En otra bandera que llevaban se veía una reina ahorcada.

El mayor peligro que corría el rey era el de ser ahogado. Se le había hecho subir sobre una banqueta cerca de una ventana. Allí permaneció cerca de dos horas con mucha firmeza, con una insensibilidad completa ante las amenazas y una perfecta indiferencia por su propia persona. El sentimiento que le animaba para sufrir por la religión le daba una calma admirable. Habiéndole dicho un oficial: «Señor, no temais nada,» el rey le cogió con fuerza la mano, la puso sobre su corazón y dijo lo que hubieran dicho los primeros mártires: «No tengo miedo; he recibido los sacramentos; que hagan de mí lo que quieran.»

Aquel momento de fe heroica realza infinitamente á Luis XVI en la historia. Lo que le perjudica un poco, es que en aquel mismo momento (fuerza verdaderamente singular de la educación y de la naturaleza) reaparecieron en varias cosas sus costumbres de duplicidad real. A todos los que le apostrofaban, les respondía: «Que jamás se había apurado de la Constitución,» refugiándose en la interpretación literal, judaica, de un acto cuyo espíritu falseaba. Aun más, uno de los asistentes le presentó desde lejos, valiéndose de un bastón, el gorro de la igualdad y el rey, sin vacilación, extendió la mano para cogerlo. Luego, distinguiendo una mujer que tenía una espada adornada de flores y una escarapela tricolor, el rey la pidió la escarapela y la colocó en el gorro colorado. Esto conmovió mucho al pueblo. Con todas sus fuerzas gritaron: «¡Viva el rey! ¡Viva la nación!» Y el rey, con los demás, gritaba: «Viva la nación,» y agitaba el gorro en el aire.—Así entretenía á la multitud y rehusaba obstinadamente la sanción de los derechos.

Por fin la Asamblea se había enterado de la situación del rey y se movía lentamente, juzgando sin duda que la lección había de ser bastante fuerte para que produjera impresión. Sin embargo la negativa del rey podía á la larga cansar y exasperar á algunos furiosos, ocasionando una escena trágica. Los primeros que lo comprendieron y se emocionaron fueron los dos grandes oradores de la Asamblea, Vergniaud é Isnard. Sin esperar á saber qué medidas se votarían, corrieron en persona al castillo y atravesaron por entre la multitud con gran trabajo. Isnard se hizo llevar sobre los hombros de dos guardias nacionales y dijo al pueblo que si obtenía en seguida lo que pedía, se creería arrancado por la violencia, que se le daría satisfacción y que respondía de



ello con su cabeza. Pero ni Isnard ni Vergniaud produjeron la menor impresión. Los gritos continuaban sin interrupción: «¡Abajo el veto! ¡Llamad á los ministros!» Los dos oradores continuaron sin embargo, se convirtieron en guardianes del rey protegiéndole con su popularidad y en caso de necesidad con sus cuerpos.

Entretanto la turba había penetrado en las habitaciones, observando con curiosidad aquellos lugares tan nuevos para ella, haciendo comentarios á veces con frases más groseras que hostiles ó violentas. En la alcoba, por ejemplo, decían todos: «El gordo Veto tiene una buena cama, mejor, á fe mía, que la nuestra.»

La reina se había quedado en la cámara del consejo, refugiada en el hueco de una ventana y protegida por una maciza mesa que habían colocado delante de ella. El ministro de la guerra, Lajard, había reunido en la sala una veintena de granaderos. Tenía cerca de ella á su hija y á madama Lamballe, con algunas otras damas; delante ellas, sentado sobre la mesa, estaba el delfín. Esta era la mejor defensa contra la multitud que pasaba. Casi todos experimentaban un respeto inesperado, varios un súbito cambio en sus sentimientos, en presencia de aquella madre, de aquella reina verdaderamente altiva y digna. Entre las mujeres más violentas, se detuvo una muchacha un momento y prorrumpió en mil imprecaciones. La reina, sin admirarse, la preguntó si la había hecho algún daño personalmente: «Ninguno, contestó, pero sois vos la que perdéis la nación.—Os han engañado, dijo la reina. Yo me he casado con el rey de Francia, soy la madre del delfín, soy francesa y ya no volveré jamás á mi país. No seré feliz ó desgraciada más que en Francia; era muy dichosa cuando me queriais.—¡Ah! señora, perdonadme, no os conocía y ahora veo que sois buena.»

Habían puesto al pobre delfín un enorme gorro colorado que le sofocaba. El mismo Santerre, al pasar quedó conmovido y se lo quitó: «¿No veis, dijo, que el niño se ahoga con ese gorro?»

Por fin llegó Petion, á las seis: «Señor, dijo; en este instante acabo de saber...—Es muy extraño, dijo el rey, por que ya hace dos horas que dura esto.»—En realidad no se podía acusar al alcalde por su tardanza. Está probado de una manera indudable que no le habían advertido hasta hacía una hora, que en el mismo instante había tomado un coche con Sergent y otros municipales; pero que en los patios, en las escaleras, en las habitaciones, no había podido penetrar sino á fuerza de una serie de arengas. Fueron precisos grandes esfuerzos para introducirle y lanzarle á través de la masa compacta que rodeaba al rey.

Cuando al fin llegó, «agitado y sofocado» dice un testigo ocular, le alzaron en un sillón sobre los hombros de un granadero. Habló con su placidez natural, sin embargo con bastante claridad: «Ciudadanos, ya habéis presentado vuestra petición, y no podéis ir más lejos. El rey no puede ni debe responder á una petición presentada á mano armada. Con calma verá lo que debe hacer. Seréis imitados en los departamentos y

el rey no podrá negarse á acceder al voto del pueblo.» (*Aplausos de la multitud.*)

Un joven rubio de veinticinco años avanza entonces furioso y grita á voz en cuello: «Señor, señor, en nombre de cien mil almas que están aquí, el llamamiento de los ministros patriotas y la sanción de los decretos ¡ó perecéis!—A lo cual repuso el rey con frialdad: «Os apartais de la ley: dirigíos á los magistrados del pueblo.»

Petion callaba. Uno de los municipales le instó para que despidiera al pueblo, añadiendo que su conducta sería criticada por lo sucedido. Entonces se decidió: «Retiraos, ciudadanos, si no queréis comprometer á vuestros magistrados... El pueblo ha hecho lo que debía hacer. Habéis obrado con la fiereza y la dignidad de los hombres libres. Pero ya basta, retiraos.»—Y el rey añadió con seriedad cómica y mucha presencia de ánimo. «He mandado que se abran las habitaciones: el pueblo al retirarse por el lado de la galería tendrá el gusto de verlas.»

La curiosidad se apoderó de la gente. La sala se vaciaba ya, cuando llegó una diputación de veinticuatro representantes. El rey les dijo: «Doy gracias á la Asamblea; estoy tranquilo en medio de los franceses.» Y repitiendo la acción que había hecho al principio, tomó la mano de un guardia nacional, la puso sobre su corazón y dijo: «Ya lo veis, estoy tranquilo.»

Entonces, rodeado de diputados, de guardias nacionales, protegido por su comandante, se dirigió bruscamente hacia una puerta excusada, cerca de la chimenea, y salió, cerrándose inmediatamente aquella tras de él.

Poco después, la reina enseñaba á la diputación el aspecto deplorable de la habitación con las puertas destrozadas. Se percató de que un diputado, el ardiente Merlin de Thionville tenía las lágrimas en los ojos. Aquél se excusó con viveza.

«Lloro, si, señora, lloro, pero sobre las desgracias de una mujer sensible y bella, de una madre... No lloro por la reina. Odio á las reinas y á los reyes... Tal es mi religión.»

El rey, de regreso en sus habitaciones, conservaba sin darse cuenta, el gorro colorado que se había puesto. Aquel gorro demasiado pequeño para su cabeza, se había quedado sobre su cabellos. Se lo hicieron notar y fué lo que más sintió; lo arrojó violentamente á sus pies, indignándose, en aquella jornada, en que por lo demás se mostró heroico, de hallar sobre sí aquella señal de *fingimiento*.